

EL ENSAYO: UNA VENTANA ABIERTA PARA LA HISTORIOGRAFÍA

Melissa M. Martínez Lemus

El texto de Liliana Weinberg es una muestra de la importancia que tiene el ensayo para la historiografía contemporánea. Sin lugar a dudas, los conceptos tradicionales en torno a la historiografía se han cuestionado y problematizado; ello ha provocado que su estudio se vuelva menos estrecho.

El debate se ciñe ahora a la manera en que se escribe la historia y el desarrollo de los conceptos de temporalidad, espacialidad y significación de la reconstrucción del pasado por medio de la visión de un autor. La anterior obsesión por la objetividad de la obra histórica ya no es el centro del sistema historiográfico, puesto que se han abierto nuevas brechas para comprender la reconstrucción del pasado a través de los textos.

Prueba de ello es la obra de Liliana Weinberg, que muestra cómo el género ensayo –otrora considerado carente de importancia–, dado su alto grado de subjetividad, es un camino abierto y una veta poco explotada por el historiógrafo contemporáneo; sobre todo si pensamos que muchas obras históricas son presentadas en forma de ensayo.

El *Ensayo entre el paraíso y el infierno* fue merecedor del Premio Anual de Ensayo Literario Hispanoamericano Lya Kostakowsky, en el año de 1996. Su autora, de origen argentino, presenta un texto breve pero muy acertado para el análisis y reinterpretación de este género literario –particularmente orientado al caso hispanoamericano–, que abre alternativas nuevas para la histo-

riografía crítica aun sin proponerlo explícitamente.

El texto en sí, es una especie de apología que inicia proclamando “la buena fe” con la que se expresan los conocimientos por medio del ensayo. Esto rememora la buena fe que manifestó Montaigne –padre del género– cuando presentó su colección de los mismos.

La proclama tiene como fin otorgar un sentido más justo al ensayo como *interpretación de interpretaciones*; donde el ser humano busca encontrarle sentido a su propia existencia y a los acontecimientos que lo rodean a nivel individual y cultural: *el humano queda destinado a reemprender la antigua tarea prometéica: hacer inteligible el mundo, volverlo a dotar de sentido, ponerlo en valor.*¹

El texto es, al mismo tiempo, un recorrido a través de la lectura de varios ensayistas y críticos del género; empleados para justificar los puntos de vista de la autora, así como un recorrido también por la ensayística hispanoamericana en particular.

El interés primordial es reflexionar cómo el ensayo –interpretación particular del autor– se transforma en un horizonte de sentido que vincula al autor con su comunidad y su lugar

¹ Weinberg, Liliana, *El ensayo entre el paraíso y el infierno*, p. 21.

de enunciación. De esta manera son evocados los dos conceptos que dan título a la obra: el Paraíso —un encuentro particular del ensayo con horizonte universal que comprende y abre una nueva interpretación—, y el Infierno interpretado como el silencio, la soledad y la estrechez —donde las evocaciones del autor no encuentran eco en la sabiduría universal y se pierden en el silencio de la incompreensión.

A partir de esta tensión dialéctica se desarrolla el ensayo de Weinberg. Mediante pequeños capítulos, estructurados eficazmente, muestra las dos caras de esta moneda aplicadas al análisis del ensayo hispanoamericano. La visión dialéctica de la ensayista se mantiene a lo largo del texto y analiza la noción del “yo emisor” con el nombre que firma, y el “yo” con el espacio público y la inteligibilidad.

La dialéctica se aplica, también, al uso y a la interpretación; a la representación y a la representatividad; al ensayo y a la palabra; al paraíso e infierno que dan sentido a su texto.

Esta reflexión en torno al ensayo, desde el punto de vista de la historiografía, refleja la triple mimesis manejada por Ricoeur. En otras palabras, muestra la tensión entre el autor y el mundo que representa, así como el enfrentamiento y confrontación de sus puntos de vista con el público que lo lee.

Al mismo tiempo nos remite a la noción de historicidad, donde el individuo se representa a sí mismo por medio de sus puntos de vista, al tiempo que intenta ser representativo del horizonte cultural al cual per-

tenece. El ensayista manifiesta el afán de construcción de sentido, a partir de su propia visión y versión de la realidad. Produce, al mismo tiempo, un nuevo conocimiento, el cual puede y debe ser objeto de nuevas interpretaciones.

El ensayo no es descripción sino interpretación del mundo; el cual tiene por objetivo compartir. No se escribe para sí mismo sino para comunicar, para abrir el debate y provocar polémica. El ensayo, como cualquier obra, espera el momento de la reconstrucción, es decir, la interpretación; el momento donde el lector encuentra el sentido y reconstruye a la obra.

Al paraíso o al infierno se encuentra vulnerable cualquier obra. La trascendencia del marco individual hacia un marco universal, muestra la tensa relación entre el horizonte personal del autor y su relación con el horizonte histórico y la comunidad de lectores.

En el caso de Hispanoamérica, se busca delimitar cómo y cuál es la comunidad de sentido; además de buscar el propio sentido de una comunidad. La inteligencia hispanoamericana, como la llamaría Octavio Paz, ha luchado por su reconocimiento dentro de la inteligencia universal. Dadas las circunstancias históricas particulares de esta región, se busca definir a una comunidad de sentido y observar hasta dónde los parámetros de la comunidad trascienden a conceptos universalmente aceptados.

Encontrar el sentido a la comunidad hispano-americana, en el contexto de la comunidad humana, es un objetivo manifiesto por

Paz² que Weinberg retoma al analizar las propuestas aplicables al conocimiento universal producidas por la inteligencia hispanoamericana.

Por otra parte, Weinberg nos habla del compromiso de honestidad que plantea el ensayista. En él se reflexiona sobre la “buena fe” que son presentados sus puntos de vista. Quiere decir que el ensayo no es una verdad inamovible sino una puerta abierta al diálogo. De esta forma el autor no se piensa autoridad, pero busca encontrar un eco donde sus ideas provoquen el debate inteligente y para ello crea un compromiso con el lector al proclamar sus mejores intenciones; por lo que el intercambio e interacción autor/lector se manifiesta de una manera más íntima en el ensayo que en cualquier otro género literario.

La honestidad es un valor indiscutible en el ensayo y no significa que éste se convierta en una verdad absoluta, sino presentará un punto de vista que podrá o no trascender al universo del conocimiento; que podrá presentar una nueva alternativa, una ventana nueva, tal como la propia autora presenta su trabajo.

De igual forma, Weinberg reivindica la posición privilegiada del ensayista, quien puede escribir sobre diversos temas —sin ser propiamente dedicado a alguno de ellos— mediante esa noción de honestidad y responsabilidad que está inscrita en la buena fe con que el ensayo es presentado.

A propósito de la buena fe, no se

²Véase a Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, México, 1984.

debe perder de vista la intencionalidad de cada autor, así como su lugar de enunciación, lo que convierte esta proclama de buena fe en un valor inquebrantable para la comunidad del conocimiento; un contrato de honestidad entre la comunidad de investigadores, ante el cual se debe cuestionar la intencionalidad con que se escriben las obras y, a partir de este cuestionamiento, comprender que el ensayo representa una determinada visión de la realidad.

Para el caso de la historiografía crítica, el texto de Weinberg es una ventana abierta al debate. Muestra que el ensayo no describe simplemente un punto de vista sino que propicia el diálogo y la confrontación entre opiniones diversas. Asimismo, el ensayo se convierte en una representación del pasado, desde un horizonte de enunciación que evoca al individuo y a la sociedad en su conjunto.

La alternativa que el ensayo representa para la comprensión de la historicidad, inscribe conceptos historiográficos como el tiempo y el espacio que, como señala Ricoeur, se encuentran atrapados en la trama narrativa y evocan la realidad del autor desde su lugar de enunciación.

Por otra parte, Weinberg concibe a la interpretación como *una operación que consiste en confrontar el universo de lo ya sabido con los nuevos datos que nos proporciona la experiencia en sentido amplio*,³ concepto que, desde la historiografía, nos presenta la noción de los principios dominantes. Para el caso particular que interesa a la autora, señala:

El ensayista hispanoamericano hablará, así, en primer lugar, en cuanto artista e intelectual perteneciente a un campo literario específico[...] en segundo lugar, hablará en cuanto miembro de una comunidad cultural que él mismo deberá delimitar como su entorno [...] y por fin, el escritor interpreta en cuanto miembro de una tradición cultural portadora de una determinada visión del mundo, a la que podrá también aceptar sin más, tematizar, criticar, problematizar, discutir, negar.⁴

En este sentido, muestra las alternativas que, desde la historiografía, pueden plantearse para el análisis del texto relacionadas con conceptos como: el lugar de enunciación, la narratividad, espacio-tiempo, discurso, representación y principios dominantes.

A través de este ensayo se abren posibilidades para el análisis del texto como representación del pasado; así como la representatividad de las obras para la comunidad del conocimiento. Por otra parte, el texto de Weinberg nos remite al debate sobre las relaciones entre la Literatura y la Historia, las cuales se tornan cada vez más estrechas dentro del análisis historiográfico.

El acto de la escritura otorga sentido al mundo; lo hace inteligible y, al hacerlo, produce conocimiento. Por ello el análisis del ensayo, desde el horizonte historiográfico, posibilita el análisis de las distintas representaciones e interpretaciones

que los autores han hecho del mundo.

Weinberg señala que el ensayista es una voz comprometida con los valores de honestidad y responsabilidad. Independientemente de estos valores, es una voz que emite y, al mismo tiempo, es una voz que invita a la reinterpretación, pues la voz del autor no está aislada sino que representa su propio horizonte de enunciación; se vincula directamente con su rúbrica, es decir, con la personalidad del autor y, al mismo tiempo, con un determinado horizonte cultural e histórico.

Esta reivindicación del ensayo como género literario e histórico, nos permite cuestionar si es posible analizar de la misma manera otros géneros literarios como por ejemplo la novela. El asunto es más complejo, pues resulta difícil comprender la posición del autor, la cual se encuentra sumergida y disfrazada mediante los artificios estilísticos con que el literato cuenta.

Las posiciones del autor, así como la representación del pasado y la representatividad de su obra se encuentran mezcladas con la construcción de imágenes simbólicas y la libertad de la imaginación creativa.

Pese a las distancias entre ambos géneros considero que el novelista, al igual que el ensayista, muestra determinada interpretación del mundo, aun cuando relata acontecimientos ficticios. Las imágenes simbólicas concebidas por el autor son apropiaciones de la realidad desde un determinado lugar de enunciación y, por ende, muestran su posición particular, así como un afán por proponer conceptos universales,

³ Weinberg, *op.cit.*, p. 79.

⁴ *Ibid.*, p. 85.

lo cual asimila lo ya sabido con lo nuevo por conocer.

La novela construye un universo simbólico por medio de las letras, pero este mismo universo se encuentra ligado también a una rúbrica y horizonte particulares que se prestan, de la misma manera que el ensayo, a un análisis abierto desde la historiografía.

El texto de Weinberg nos abre una posibilidad de análisis que tiene referencia a la manera en cómo el autor construye sus conceptos a través de la narración. En este caso, no son únicamente los géneros literarios susceptibles a una nueva interpretación desde la historiografía, sino el propio tratado histórico

que toma diversos préstamos de la literatura para evocar sus explicaciones y representaciones del pasado.

Cualquier obra –sea cuento, poema, artículo periodístico, ensayo, novela o tratado histórico–, es susceptible al análisis propuesto por Weinberg, pues el ensayo no es el único medio para la construcción de una comunidad de sentido.

Las preguntas entonces girarán a la manera en que el autor construya sus conceptos y utilice el vehículo de la literatura en sus múltiples géneros. Tiempo, espacio, tradición, principios dominantes y discurso se encuentran atrapados en la trama narrativa.

Un aspecto que interesará al

historiógrafo será el punto –tocado por Weinberg– donde se analiza la manera en que se constituyen los sentidos de comunidad y cómo este fenómeno se puede transformar en autoridad para la comunidad entera del conocimiento.

De esta manera, la visión de Weinberg, sin proponerlo específicamente, abre una puerta, claramente influida por los filósofos franceses como Paul Ricoeur, que vincula a la historiografía con el análisis literario y a ambos con la reflexión filosófica abstracta que va “más allá” del texto mismo, y la posibilidad de la interpretación y la comprensión desde su propia historicidad.

Bibliografía

Weinberg, Liliana, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, UNAM/FCE, México, 2001, 323 pp.